

Era un jueves de mayo de 2018 y recuerdo que estaba reunido con Sebastián Delgado, el amigo de ingeniería civil. Cuento con la fortuna de tener más amigos dentro de mi carrera profesional, pero él, ciertamente por conocerlo desde primer semestre, por ser quien me confiaba temas personales, por ser el que me proponía otros planes que iban de más allá de asuntos universitarios, era el amigo. A pesar de que ninguna persona tiene posesión sobre otra, verdaderamente los lazos de afecto y las relaciones cargadas de empatía, sana convivencia y francos diálogos hacen que, con normalidad, llamemos a otra persona “mi esposa”, “mi mamá”, “mi profesor” y, en este caso, le llame a él, “mi amigo”. En efecto, el hecho de llamarlo “mi amigo” o mencionarlo como Jun, que es el apodo que bienintencionadamente le hemos asignado en la U, me hace sentirlo más próximo, más familiar.

Retomemos. Acá no he venido a debatir sobre posesiones, precisiones de semántica o interpretaciones sobre condiciones humanas. Vine, realmente, a recordar un viaje a México que hice en compañía de mi amigo. Ese jueves de mayo que he mencionado en el inicio de la historia ha servido para dar el primer paso que nos impulsó a armar maleta e irnos. Realmente no esconderé que ambos teníamos incertidumbre por hacer el viaje, porque a la larga quienes siempre se muestran decididos son los superhéroes de las películas que, para alivio de ellos, reviven en la mayoría de ocasiones o, si acaso mueren, los recuerdan porque su ausencia se nota fuertemente dentro del resto de protagonistas de la película y también dentro de los espectadores. Los dos teníamos aún la inseguridad si viajar realmente o tomarlo solamente como alguna charla banal de esas que luego se recuerdan con cariño y risas. Una semana después, aún inseguros, compramos tiquetes por una aerolínea de bajo costo y en ese momento nos dimos cuenta que el viaje a México no tenía reversa, salvo por algo impactante que nos hiciera perder los vuelos.

Conjuntamente, mi amigo y yo, decidimos conocer la Riviera Maya y Ciudad de México. Nos apetecía tomar unos días de playa en Cancún, conocer algo de la historia Maya a través del Parque Arqueológico de Chichen-Itzá, bañarnos en un cenote, apreciar algunas pinturas de Diego Rivera, montarnos en el metro del DF y comer chilaquiles picantes en algún mercadillo de la capital. Tantos planes hicieron que programáramos una estadía de dos semanas.

El jueves 10 de enero del 2019, a las 6:45 de la tarde, salimos de Bogotá rumbo a Cancún. Llegamos al aeropuerto de la ciudad costera en mención y tomamos un taxi que nos condujo a un hotel del centro; mientras íbamos al hotel, ya disfrutábamos del paseo. Ambos fantaseábamos sobre lo que haríamos cada día, qué sorpresas habría y cuáles platos nos parecerían distintos a la comida mexicana que venden en Colombia. Pasadas las 10:30 p.m. estábamos instalados en nuestra habitación y optamos por salir a buscar algo de comer. La recepcionista nos aconsejó ir a un sitio llamado “Plaza de Toros”, donde había bares y restaurantes típicos del país que prometían un buen ambiente nocturno. Llegados a ese sitio encontramos un restaurante que elegimos más por amabilidad de la mesera que

ofreció enseñarnos la carta que por gusto propio de comer allí. Jun pidió unos tacos al pastor y yo unas enchiladas; las bebidas fueron unas horchatas. Toda la comida supo rico aquella noche no solamente porque teníamos un hambre feroz sino porque el picante lo acomodábamos a nuestro gusto con unas salsas que ponían en un plato aparte. En el país de los meros machos hay que prestar atención incluso con la comida, porque el picante es tan fuerte que hace lagrimear a más de un machote colombiano -y seguro también a uno que otro mexicano-.

Ya es viernes 11 de enero y ese día nos decantamos por ir hasta Playa del Carmen por cuenta propia. Las conversiones de la moneda aún nos parecían un poco difíciles, pero aun así las personas nos tenían paciencia suficiente mientras hacíamos el cálculo. Tomamos una “combi” o colectivo, como le llamamos en Colombia. Estábamos en Playa del Carmen a las 9:30 de la mañana. Caminamos hacia la playa, tomamos algunas fotos y preferimos no bañarnos debido a que una invasión de microalgas poblaba buena parte del litoral; la presencia de esas microalgas en la arena acostumbra a llamarla sargazo. Un guía del lugar nos ofreció varias excursiones cercanas, nos advirtió que podríamos ir a la isla de Cozumel, cruzar en un buquecito de lujo hasta Isla Mujeres o ir a las ruinas de Tulum. Preferimos hacer la última porque era la más barata y la más entretenida para nuestros gustos. Una vez en Tulum compramos la opción que incluía



Foto 1. Palacete en Tulum.

la entrada al Parque Arqueológico y un recorrido en lancha hasta la segunda barrera coralina más extensa del mundo con el fin de observarla por medio de una careta sumergible. En el Parque Arqueológico de Tulum aparecieron los primeros restos de la civilización Maya; pudimos comprobar, por ejemplo, que aunque no eran navegantes tan famosos sí tenían algunas rutas comerciales marítimas alrededor de la Península de Yucatán. Mientras nos deteníamos a observar una ruina que siglos atrás había servido de palacete a algún distinguido ciudadano de Tulum, pensábamos que ya desde aquellas épocas existía una estratificación social y un grado de jerarquía y acordamos que el homo sapiens ha sido el ser vivo capaz de convivir con miles de su especie gracias a que en su mente se forjó un pensamiento de organización que, para que surtiera efecto, le confería un grado de poder a alguien de la congregación capaz de impartir el orden.

Hacia las 4 de la tarde fuimos al embarcadero para tomar la lancha que nos conduciría hasta la barrera de coral. El guía era joven, tenía nuestra misma edad y nos reveló que durante las vacaciones aprovechaba su tiempo libre para ganarse un dinero extra que le ayudaba a pagar su próximo semestre universitario. Grosso modo nos enseñó cómo ponernos las caretas y nos dejó claro que si acaso sentíamos ahogo, nos sujetáramos a un lazo que estaba amarrado a la barca que ya tenía su motor apagado para no ahuyentar a los peces ni demás animales marinos que residían en medio de los corales. La barrera de coral era extraordinaria y diferente a todo lo que ambos habíamos conocido; coincidimos en que aún había mucho por conocer en el planeta ante la diversidad de elementos, formas, texturas y demás propiedades que constituyen el mundo real. De regreso a la playa donde nos embarcamos, decidimos caminar un rato con el propósito de apreciar la cotidianidad del lugar. Acudimos hasta un muelle improvisado por pescadores y algunas sardinas eran dadas a un grupo de pelícanos capaces de aletear fuertemente, casi haciendo un show, con el fin de que les tiraran una sardina más. Me gustó saber que el interés y la búsqueda de satisfacción personal no le pertenecen solamente al humano.



Foto 2. Pelícanos en la playa.



Foto 3. Cenote en Yucatán.

A la medianoche estábamos nuevamente en nuestro hotel de Cancún luego de caminar la Avenida Quinta de Playa del Carmen, una calle peatonal muy comercial que congrega a los artesanos locales y a las prestigiosas tiendas de diseñadores europeos. Este no era el sitio predilecto para nuestras compras, pero sí un lugar adecuado para entretener el resto de tiempo libre que nos quedaba ese día.

El sábado fue el día más emocionante que hemos tenido en la Península de Yucatán. Muy temprano esperamos un bus turístico que nos llevó a un cenote de la región y al Parque Arqueológico de Chichen-Itzá. Cuando llegamos al cenote, el guía dio la indicación general al grupo que dispondríamos de 90 minutos para almorzar y bañarnos en el cenote; Jun y yo nos apresuramos al restaurante y en un santiamén ya habíamos terminado

el almuerzo. No ha sido mucha comida para que no apareciera la provocación de hacer una siesta vespertina en las profundas aguas del cenote. Mientras nos bañábamos en el ojo de agua todo era diversión: varias veces nos lanzamos al cenote desde una roca, nadamos de lado a lado y gozábamos viendo cómo los nuevos bañistas que llegaban hacían caras al tantear el agua fría que llenaba esa cavidad rocosa.

Hacia las 2:30 de la tarde arribamos al Parque Arqueológico de Chichen-Itzá. El guía ofreció un recorrido por el complejo histórico de más de una hora de duración y pese a sus estupendas historias y gran capacidad narrativa, sentía que en mi cabeza tan sólo lograba imaginar un cuarto de toda la genialidad y brillantez de los mayas. Nos paseamos por lo que fue la plaza central de la ciudad de Chichen-Itzá, anduvimos el estadio que en otrora sirvió de escenario para albergar el famoso juego de la pelota y rematamos en el viejo edificio de piedra que algún día llegó a alojar a los astrónomos que ayudaron a conformar el calendario maya. Subimos de nuevo al bus para regresar a nuestra guarida, que contaba con las comodidades del siglo XXI y sin las reliquias milenarias que acabábamos de apreciar en Chichen-Itzá.



Foto 4. Observatorio astronómico de Chichen-Itzá.

Nuestro último día en la Riviera maya fue el domingo. Antes de las 6 a.m. ya estábamos acomodados en el bus que nos trasladó hasta el Parque Temático Xcaret. Nuestro bus fue el primero en llegar al parque ese día por lo que las primeras atracciones estuvieron libres de filas. Un mapa del lugar colaboró para que mi amigo y yo nos sintiéramos menos perdidos. Si bien es cierto que Xcaret es una alternativa animada para pasar un día en la Riviera, también es real que ya sobre el lugar no reposa casi ningún vestigio de lo que fue esta importante ciudad para los mayas. Aunque Jun y yo saboreamos cada bocado de la comida del restaurante del parque, coincidimos en que ello debía ser lo segundo más seductor de ese sitio porque el primer lugar se lo llevaba un espectáculo nocturno que realizan cada día en el coliseo del complejo turístico. El show era alucinante porque enseñaba muy bien la conformación de México y su cultura a través de los siglos: comenzaban escenificando la vida de los mayas, mexicas y aztecas, más adelante representaban el encuentro de estas civilizaciones con los españoles, después encarnaban muy bien la revolución mexicana y finalizaban dando muestras del México contemporáneo. Por primera vez nos percatamos conscientemente sobre el sentido de pertenencia y el patriotismo que los mexicanos tienen hacia su país: “¡Viva México!”, gritaban desde varias butacas del coliseo.

Regresamos al hotel, cenamos tacos y fuimos a esperar nuestro vuelo a Ciudad de México que estaba programado para la 01:30 de la madrugada. Todo estaba consumado para nosotros en la Riviera Maya y ahora guardábamos altas expectativas para la capital.

Aterrizamos en el DF a las 03:00 de la madrugada. El clima cálido de Cancún ya no se sentía en el aeropuerto Benito Juárez. Abordamos un taxi rumbo a nuestro hostel y comprobamos la magnitud de la ciudad cuando le indicamos la dirección al conductor quien activó un mapa que le guiara por la ruta más próxima. Aunque más de media ciudad aún dormía, la avenida que tomamos ya presentaba un tráfico considerable, pero fluido. Los 25 minutos que duró el recorrido en el taxi fueron útiles para preguntarle al taxista algo de información básica de la ciudad; con gusto, nos comentó que se sentía orgulloso de su ciudad pese a que no era un destino turístico tan fuerte como Cancún y, amablemente, nos ofreció recomendaciones de numerosos lugares chilangos. “¿Chilangos?”, preguntamos Jun y yo a la par. “Ah, sí, chilango”, contestó el taxista, “ese es el gentilicio más usado para las personas que nacimos en Ciudad de México o le pertenecemos a ella.” Ni mi amigo ni yo imaginábamos ese gentilicio. Me limité a pensar que simplemente se le llamaba capitalino. El taxista continuó con su lección de gentilicios: “Mira, normalmente chilango es la denominación para quien es del DF, pero quien nace o vive en el Estado de México acostumbramos a llamarlo mexiquense, que no es lo mismo que mexicano...” Aún en la madrugada, Ciudad de México ya me parecía interesante gracias a las pequeñas clases de gentilicios que el conductor nos proporcionaba.

Una vez en el hostel validamos la reserva que teníamos desde Colombia. Aún no era las 4 de la madrugada, así que Jun y yo optamos por dormir un rato no sin antes concretar que a las 8 de la mañana nos levantaríamos para ir a desayunar en la terraza del edificio donde nos hospedaríamos los próximos diez días.

Una llamada se encargó de cortarnos el sueño a ambos. Conversé con mi papá un rato y me reclamó el motivo de estar durmiendo a las 8:30 de la mañana como si acaso una gran ciudad no esperara por nosotros para que la recorriéramos. Pacientemente, le hice ver que en Ciudad de México aún eran las 7:30, que había una hora más en Bogotá y que enseguida nos acicalaríamos para salir a caminar. Cuarenta y cinco minutos más tarde estábamos sentados en una mesa de la terraza del hostel tomando nuestro desayuno; pese a que era una comida normal, estaba fresca y deliciosa: huevos revueltos con jamón y tortillas de maíz en lugar de arepa, las bebidas consistían en tomar un vaso jugo de naranja, tazón de yogur o un pocillo repleto de café. El hostel que ya nos ha alojado algunas horas mal dormidas estaba cerca del emblemático Zócalo. El Zócalo es la plaza mayor de la ciudad; ella alberga el palacio presidencial, la catedral metropolitana y una estación de metro de la línea 2 que es homónima a la plaza en mención. La calle peatonal Madero, encargada de ser punto de encuentro para miles de chilangos cada día, también desemboca en el lugar.

Le propuse a Jun tomar el metro con dirección a la Basílica de Guadalupe y aceptó sin contrariar mi oferta. Sabíamos que debíamos llegar a la estación “La Villa-La Basílica” de la línea 6. Una vez en los socavones del metro todo comenzó a ser más interesante para el gusto de ambos: observábamos a las personas apuradas, nos fijábamos en los ambulantes que estaban en los pasillos de la estación y hasta un

músico que tomó nuestro vagón para ganarse unos cuantos pesos, nos amenizó el viaje. Los chilangos y, más precisamente, la diversidad que evidenciábamos entre los viajeros del subterráneo, hacía que Ciudad de México comenzara a tornarse fascinante. En la Basílica comprobamos que era necesario hacer una reserva para poder adquirir un tour gratuito que ofrecían en el santuario, así que preferimos regresarnos al centro de la ciudad comentándonos que regresaríamos dos o tres días más adelante.

La línea 3 del metro, tan sinuosa como sus otras 11 homólogas, nos permitió ver de nuevo la calle en la estación Hidalgo, donde nos bajamos para ir a admirar el Palacio de Bellas Artes. El palacio era, realmente, imponente. Escuchamos que en la plazoleta de entrada un guía anunciaba un recorrido al interior del edificio en 10 minutos, por lo que apuramos el paso para ir a comprar los tiquetes de ingreso. Por fuera el palacio conserva una arquitectura muy llamativa, por dentro no se queda atrás: los cuatro pisos, todos bien decorados, lo hacen majestuoso. “Presten atención a este mural”, sugirió Francisco, el guía, “es de Diego Rivera y su nombre es *El hombre controlador del universo*, pintado hacia la década de los 30’s” Francisco continuó comentando el mural, advirtiendo que esa obra se había pintado realmente para adornar el Hall principal del edificio Rockefeller de Nueva York, pero Rivera, al incorporar dentro de la pintura la figura comunista de Vladimir Lenin, hizo que quienes lo contrataron para dicha labor destruyeran el mural. A mí me alivió que Diego Rivera contara con la oportunidad de pintarlo nuevamente, esta vez en su país natal.



Foto 5. *El hombre controlador del universo*, Diego Rivera.

Francisco finalizó el recorrido en el lugar en el que habíamos empezado. Jun y yo ya contábamos con la posibilidad de haber apreciado los murales que Rivera y Siqueiros habían pintado dentro del palacio. Iba siendo ya mediodía y el hambre comenzaba a acosar; estando de nuevo en la calle, nos dimos cuenta que la peatonal Madero desembocaba también en el Parque Alameda, que está contiguo al palacio de Bellas Artes. Esperamos en la esquina, pacientemente, a que la silueta del peatón verde apareciera en el semáforo y nos mezclamos en una muchedumbre de personas que, afanosamente, seguían su recorrido por la ciudad. Comenzamos a caminar por Madero, en la segunda cuadra nos decantamos por un restaurante llamado “*La casa de Toño*” en el que un pozole y unas enchiladas se encargaron de saciar el hambre que teníamos. Iban siendo la 1:30 de la tarde cuando decidimos seguir por Madero para evaluar más detenidamente el Zócalo del DF.

Una vez estando en el Zócalo, tenía la sensación de amplitud. La plaza es despejada y los edificios que la rodean, salvo la catedral metropolitana, son de arquitectura similar. Aprovechamos el espacioso lugar para hacer algunas fotografías y más tarde entramos a la catedral. Dentro de la edificación religiosa había una plomada que pendía de una viga de la catedral, la cual se encargaba de mostrar el grado de inclinación que presentaba la edificación. “Lo recurrente es que los edificios acá estén torcidos; es muy inédito hallar uno tan antiguo sin que tenga alguna inclinación debida a los asentamientos”, me comentó mi amigo. Estuve de acuerdo con él al asentir con la cabeza. “Una deducción de ingeniero”, pensé yo.

Ya iban siendo las 5 de la tarde y regresamos a Madero. La calle estaba más concurrida de lo habitual; comenzaban a percibirse las personas que salían de las oficinas y afanosamente entraban a los parqueaderos o a las bocas del metro para poder abordar el transporte que los llevaría de regreso a su casa o a algún encuentro ocasional que indujera un cambio en la rutina... Mi amigo y yo optamos por ir hasta la emblemática Torre Latinoamericana, situada en la esquina de Eje Central con Madero. Desde Colombia habíamos consultado que el lugar poseía un mirador con vista hacia cualquier punto cardinal del DF. Compramos los boletos y apareció un trabajo poco usual hoy en día: el ascensorista. Se trataba de una mujer sentada en una silla que se encargó de marcar el piso 38; mientras subíamos nos comentaba la importancia de la Torre, aduciendo a la gran capacidad sismorresistente de la estructura al lograr soportar varios de los peores sismos que ha sufrido México. Al final se despidió asegurándonos que sería una experiencia muy grata. Arriba, desde la terraza de la torre, las vistas eran monumentales, pese a una capa densa de smog que se asentaba sobre todo el perímetro urbano. Las luces se fueron encendiendo poco a poco y permitieron apreciar la ciudad de manera diferente. Arriba, vimos cómo las avenidas se perdían en medio de más luces que se extendían por muchos kilómetros; observábamos barrios que no conoceríamos y que, seguramente, varios chilangos nunca habían visitado, a pesar de estar viviendo por años dentro de la misma ciudad. Imaginé el hecho de que en la ciudad era muy

fácil sentirse solo aunque más de 20 millones de personas habitaran el mismo espacio.

Salimos de la Torre Latinoamericana y paseamos de nuevo por Bellas Artes; llegamos hasta la Avenida Paseo de la Reforma, buscamos algo de comer y cuando terminamos la cena decidimos ir a descansar a nuestro hostel.



Foto 6. Palacio de Bellas Artes.

Eran ya las 7:30 cuando ambos ya estábamos despiertos, subimos a la terraza del hostel a tomar el desayuno y caminamos de nuevo hasta la ya conocida estación *Zócalo* para ir hasta una cuyo nombre es *Auditorio*. El propósito era conocer en la mañana el Museo Nacional de Antropología. Dentro existen 24 salas de exposición relacionadas con la cultura prehispánica del territorio mexicano y la etnografía de los pueblos indígenas que pueblan el país. Una guía ofreció su recorrido de manera gratuita y, con unas historias acogedoras, nos explicó las mayores exposiciones que alojaban 6 salas del recinto museístico. Una escultura en particular atrajo mi atención: es el Chac Mool, una estatua de piedra con forma humanoide que usaron tiempo atrás los aborígenes de la Península de Yucatán para realizar sus ofrendas a los dioses o para hacer sacrificios. Realmente, los materiales empleados para aquel entonces era la madera o la piedra, al ser el primero más perecedero y vulnerable a los incendios que sucedieron cuando arribaron los conquistadores, la

pedra fue la encargada de hacer perdurar las obras de arte más tangibles de los mexicas, aztecas, mayas, toltecas...Y el hecho de que aún perduren, que aún puedan ser valoradas, hace que valga la pena visitar el Museo Nacional de Antropología. Este museo, en especial, conserva la noble misión de enseñar a los mexicanos y a los ciudadanos de otras nacionalidades una parte importante de la historia de América.



Foto 7. Chac Mool en el Museo Nacional de Antropología.

A la 1 de la tarde ya estábamos fuera del Museo. Caminamos un rato y unas cuadas más adelante disfrutamos de otro almuerzo muy mexicano: esta vez el menú fueron unos chilaquiles que tenían un sabor inmejorable. Cerca observamos la proximidad de un emblemático barrio del DF: Polanco. Jun y yo resolvimos embolatar el tiempo andando las calles de ese sitio hasta que nos topamos con el Museo Soumaya. La estructura exterior era sumamente llamativa por su sinuosa y moderna fachada; adentro, las salas de exposición con forma radial acogían obras asociadas al arte europeo y americano de hace más de seis siglos. Promediaban las 6 de la tarde y escogimos buscar la Avenida Paseo de la Reforma; aún era temprano, así que caminamos varios kilómetros a lo largo de la avenida antes de llegar a nuestro hostel. En medio de la caminata apareció el Ángel de la Independencia, en la noche es iluminado y se convierte en una de las esculturas públicas más llamativas de la ciudad. Aprovechamos para tomar algunas fotos para más tarde continuar el recorrido por el museo al aire libre, porque quien va por Reforma, recorre un museo: fuera del Ángel, podrá apreciar la *Fuente de Diana la Cazadora*, *Alas de la ciudad*, *Monumento a Cuauhtémoc*, *El Caballito*, entre otros. Al fin llegamos a nuestra posada, convencidos de que Ciudad de México nos gustaba cada vez más.

Ya era jueves 17 de enero y lo que alguna vez fue nuevo, comenzaba a ser ya rutinario aunque no aburrido. Desayunamos y caminamos hasta la plaza Zócalo; en un costado de la Catedral unos buses turísticos parecían ser la sensación para tomar alguna excursión dentro de la ciudad o en sus zonas de cercanías. Mi amigo me invitó a hacer alguna de esas excursiones y contratamos la que nos conducía hacia las pirámides de Teotihuacán, finalizando en la Basílica de Guadalupe al caer la tarde. El viaje hasta las pirámides tomó un poco más de dos horas, no por la lejanía del lugar sino por el tráfico denso que asfixiaba las carreteras y los sistemas viarios de ciudad. Una vez estando en el parque arqueológico nos permitimos buen tiempo para caminarlo: subimos a la Pirámide de la Luna -o mejor, el basamento piramidal de la Luna porque su parte superior fue destruida-, detenidamente apreciamos las construcciones antiguas de piedra que se emplazan en ambos lados de la Calzada de los Muertos y rematamos con el ascenso a la Pirámide del Sol que, con 63 metros, se convierte en la más alta y emblemática del complejo arqueológico. Salimos del parque, fuimos a tomar nuestro almuerzo y, con el estómago lleno, nos llevaron a una degustación de tequila y mezcal, dos licores mexicanos muy populares en el país: “¡Salud!” gritamos todos los del tour en el momento en el que nos bebimos el primer trago, “Viva México”, coreamos en el segundo, “Por más viajes así” brindamos mi amigo y yo en el tercero... Al ser ambos tipos de licores bastante fuertes y queriendo llegar aún sobrios a la Basílica de Guadalupe, no hubo un cuarto, quinto ni sexto trago para mi amigo y para mí. Otras dos horas nos esperaban para el regreso pese a la prisa del conductor por querer llegar antes de las seis de la tarde para que no nos quedáramos sin el recorrido guiado en la Basílica de Guadalupe. Por fortuna, no eran más de las 5 cuando llegamos, así que tranquilamente pudimos visitar la Basílica, tomar fotos en la Plaza Mariana y entrar a los demás templos religiosos que están alrededor del sitio de peregrinación.



Foto 8. Ángel custodio en la Basílica de Guadalupe.

Un ángel custodiaba la ciudad desde una de las esquinas de un mirador que existe en una de las capillas; evoqué las imágenes de los santos puestas en la Catedral de Manizales que también miran a los transeúntes que van y vienen por la carrera veintidós.

Eran ya las 6:30 de la tarde y tomamos un bus que nos trasladó hasta la Plaza Garibaldi. La noche de mariachis es un clásico imperdible, sumamente aconsejado por quienes han visitado Ciudad de México. Llegamos temprano y tuvimos tiempo suficiente para seleccionar un bar en el que pudiéramos ver un buen concierto de

mariachis. Cantamos algunas canciones de Antonio Aguilar y Vicente Fernández, aplaudimos un baile típico de la región de Oaxaca y salimos del lugar pasada la medianoche. Llegamos al hotel cansados, pero satisfechos.

Chapultepec es un parque, un zoológico y un castillo que están dentro de la ciudad; sobre un costado de la Avenida Paseo de la Reforma se emplazan estas atracciones que fuimos a visitar durante la mañana del viernes. El castillo de Chapultepec ha sido el lugar atrayente que concentró la mayor parte de nuestra atención: sus jardines y fuentes daban la bienvenida a los visitantes y dentro se adecuaban salones para ir contando fragmentos de la historia de México. En el Museo de Antropología se podía aprender lo suficiente sobre las culturas prehispánicas para tener una buena charla con alguien más; en el Castillo de Chapultepec se aprendía bastante de las batallas de independencia de México, su conformación como República y los hechos detallados de la Revolución mexicana.



Foto 9. Vista parcial de Ciudad de México desde el Castillo de Chapultepec.

Salimos del Castillo y desde sus miradores exteriores visualizamos un buen rato la ciudad. Nos dimos cuenta que dos elementos aún no se disipaban: la capa de smog que reposa sobre el cielo capitalino y nuestro interés por seguir conociendo el DF.

Almorzamos cuando eran alrededor de las 2 de la tarde y tomamos el metro con dirección a la Universidad Nacional Autónoma de México. El recorrido nos tomó cerca de 90 minutos y aún teníamos que caminar otros 60 minutos adicionales para llegar hasta el Museo Universitario de Arte Contemporáneo. Ante una arquitectura moderna y una fachada forrada en cristales, daba la impresión que el arte contemporáneo relucía ya desde las afueras del edificio. En su interior, teníamos a nuestra disposición dos salas en las que se exhibían figuras abstractas y una tercera sala que contaba la historia de México luego de la segunda mitad del siglo XX; el expositor a cargo de esa sala hizo énfasis de un suceso que había sucedido hace 50 años: la Masacre de Tlatelolco. Ni mi compañero de viaje ni yo habíamos escuchado alguna vez tal acontecimiento, tan solo rescatamos los Juegos Olímpicos de México ocurridos para ese mismo año. El expositor continuó explicando que para ese entonces hubo un movimiento civil acompañado de protestas masivas que fue callado por desapariciones forzadas y asesinatos a varios ciudadanos anónimos; a pesar del desafortunado hecho, me sentí bien cuando supe comprender mejor otra parte importante de la historia de México.

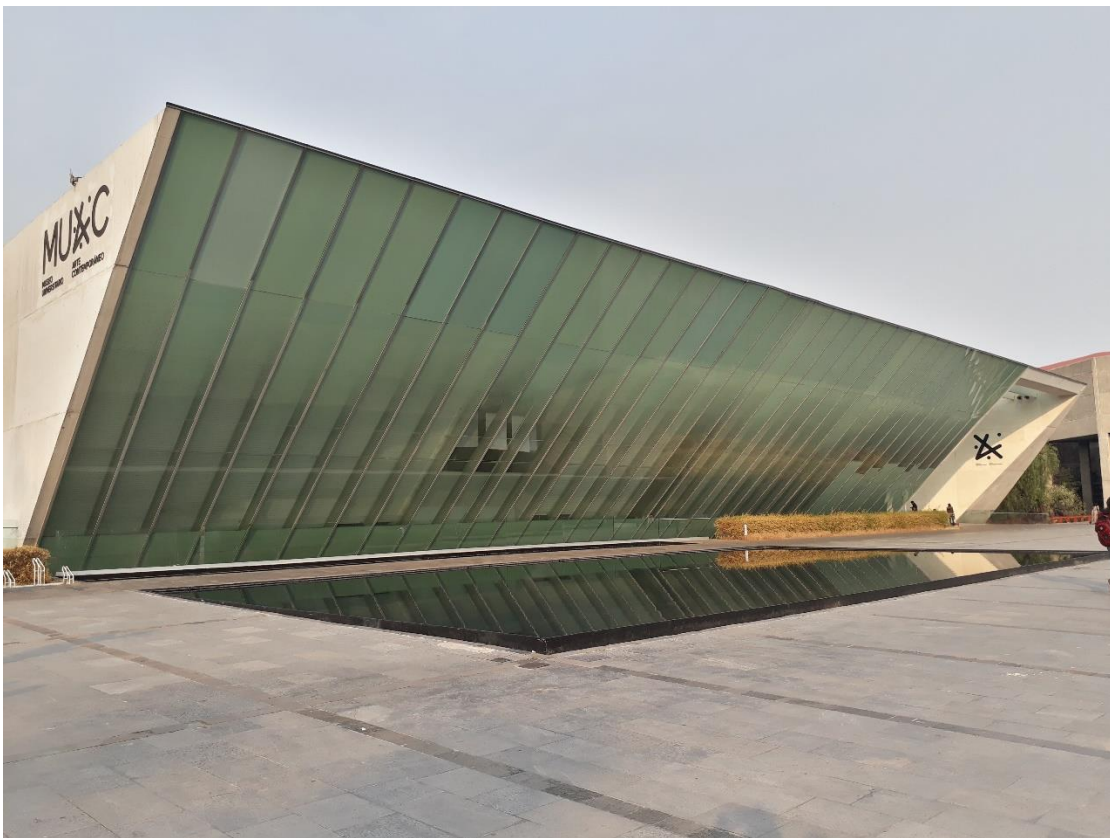


Foto 10. Edificio que alberga el Museo de Arte Contemporáneo.

Promediaban las 7 de la noche cuando abandonamos el museo. El metro pasaba lleno aunque eso no era impedimento para que quienes esperábamos en la plataforma ingresáramos a los vagones, reduciendo el espacio disponible por

usuario. Una hora después descendimos en la estación Insurgentes y caminamos por el Mercado Roma; allí optamos por buscar la cena para retornar, una vez más, a nuestro hostel.

Es domingo 20 de enero. Es el último día en Ciudad de México. La ciudad está tranquila y por primera vez un cielo azul, despejado y sin smog, nos invitaba a caminar la metrópoli. Caminamos por Paseo de la Reforma y comprobamos que, al igual que en varias ciudades colombianas, en el DF también clausuraban el tránsito vehicular para conceder espacio a deportistas, ciclistas y caminantes. Cerca se erguía el Monumento a la Revolución y decidimos pagar la entrada para conocerlo por dentro. Un saludo muy mexicano, de cuate y órale, nos daba la bienvenida mientras esperábamos al resto del grupo con el que haríamos nuestro recorrido; unas escaleras estrechas nos daban el ingreso a la parte alta del monumento. Arriba, desde uno de los cuatro miradores de la estructura, supimos que el Monumento a la Revolución iba a ser una de las cúpulas que decoraría un suntuoso palacio que había mandado a construir el presidente Porfirio Díaz hace más de 100 años y que, tras el inicio de la Revolución Mexicana, nunca fue concluido.

Salimos a las 11 de la mañana y corroboramos en el mapa la ubicación de la Biblioteca Vasconcelos. Caminamos 40 minutos por la Delegación de Cuauhtémoc hasta encontrar de frente la emblemática biblioteca. Nunca habíamos tenido la oportunidad de estar en una biblioteca cuya arquitectura fuera tan particular: los cinco pisos del recinto albergaban cientos de estanterías que albergaban libros de diversos temas. Predominaban elementos metálicos y cristales que servían de enormes ventanales capaces de proporcionarles iluminación natural suficiente al lugar. Aprovechamos y tomamos algunas fotos, más tarde buscamos el pasillo en el que reposaban libros de nuestro interés y ya hacia las 3 de la tarde, cuando el hambre comenzó a acosar, entramos a un centro comercial aledaño a la biblioteca para almorzar.

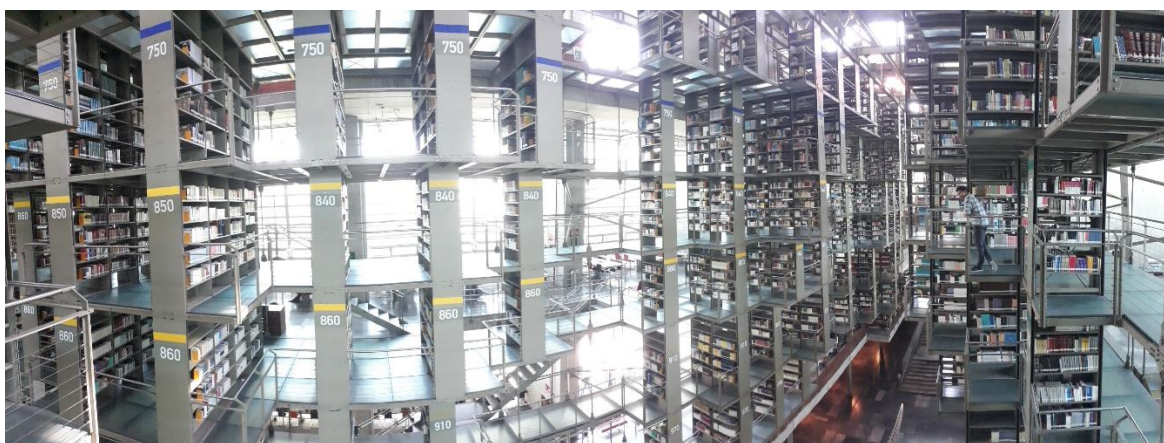


Foto 11. Biblioteca Vasconcelos.

Como se trataba del último día y teníamos pesos mexicanos suficientes, tomamos un tren hasta un *outlet* con el fin de hacer algunas compras personales. Regresamos al hostel pasadas las 8 de la noche para tratar de acomodar la maleta. Solicitamos el favor al recepcionista para que nos llamara un taxi a las 04:30 de la mañana. El vuelo a Bogotá estaba programado para las 07:20.

El taxista que nos condujo al aeropuerto tomó avenidas que ya comenzaban a verse transitadas. Mi amigo y yo estábamos contentos de poder regresar a Colombia y más contentos aún por haber logrado hacer un viaje cargado de buenas experiencias y múltiples aprendizajes. Ya habrá oportunidad para continuar viajando, seguir asimilando comportamientos y costumbres de otros; sólo así conseguiremos, algún día, albergar la nacionalidad colombiana como asunto diplomático aunque sepamos que somos, más bien, ciudadanos globales.